



**El Valle de la  
Inspiración**

Alexandra Román de Hernández

# El Valle de la Inspiración



# El Valle de la Inspiración

Alexandra Román de Hernández

*ARH*

*Puerto Rico*

EL VALLE DE LA INSPIRACIÓN. Copyright © 2009 por Alexandra Román de Hernández. Todos los derechos reservados. Se prohíbe reproducir, almacenar, o transmitir cualquier parte de este libro en manera alguna ni por ningún medio sin previo permiso escrito del autor, excepto en el caso de citas cortas para críticas. Para recibir información, dirjase a: [aroman\\_9@hotmail.com](mailto:aroman_9@hotmail.com).

*Página de la autora <http://alexandraroman.wordpress.com>*

*Diseño del libro y portada por A.R. de Hernández.*

*Publicado en Puerto Rico por A.R. de Hernández.*

*Impreso en los Estados Unidos de América por Lulu.*

Primera Edición, 2009

I.S.B.N.: 978-0-578-03501-7

*Mi inspiración proviene de aquellos que me rodean y hacen de mi vida una llena de sueños. Es por eso, que este libro se lo dedico a una princesa que sueña con ser reina, y que aún no se da cuenta que es la reina de mi corazón. A mi Versaly, mi hija querida, cuando estabas en mi vientre surgió la idea de crear este libro, y no hay duda alguna que fuiste la inspiración que le dio forma y vida. No solo eres mi musa literaria, también eres la de mi vida.*

*No se pueden quedar fuera aquellas que llamo "Las mujeres de mi vida", quienes me moldearon a ser la mujer, la madre, esposa y amiga que soy hoy y seré en el futuro. A mi abuela, mi madre y mi madrina, ¡Gracias!*

*A mi esposo, gracias por hacerme vivir rodeada de amor.*

## Biografía de Alexandra Román de Hernández

Madre, esposa, amiga, escritora son algunas de las palabras que la describen. Graduada de la Universidad de Puerto Rico (Recinto de Cayey), con un bachillerato en Ciencias Naturales, se convierte en ejecutiva del hogar, como a ella le gusta llamarle al título ama de casa, tras el nacimiento de su primogénita, y es en este momento transcendental en su vida que le da riendas sueltas a su imaginación. Las letras y el amor a la ficción se convierten en su pasión. Sus cuentos en inglés, tales como *The beginning*, *The door in front of me*, *Journey to the island of ancestors*, y el poema *The world is a stage*, consiguen un hogar en la página australiana *Soul Food Café*. Para Julio del 2006 la revista cibernética *True Poets Magazine* escoge su poema *Maybe*.

A.R. de Hernández no solo explora esos géneros literarios, se estrena como ensayista con *Being Latina and a Puerto Rican*, publicada por *Mija Magazine*, el periódico *La Prensa* de Chicago y *Boricua.com*. De igual forma se adentra al teatro con sus obras *El guerrero del Señor*, y *La dama de Israel: la historia de Judith*, siendo esta última una adaptación del libro del antiguo testamento. Por supuesto las historias infantiles comenzaron a ser parte íntegra de su vida cotidiana como madre, y escribe dos cuentos infantiles, aún inéditos, *La princesa Saly y la bruja Bruya* y *Menace to Society*. Su última publicación fue en la revista *Better homes and gardens: Garden Ideas and Outdoor Living*, su artículo *You say Rosmery, I say Romero*.

Bayamón la vio nacer el 7 de diciembre de 1977, pero su hogar siempre ha sido la ciudad llanera de Toa Baja. Desde joven

sintió atracción por la palabra escrita, y se convirtió en una voraz lectora. La lectura le sirvió de inspiración, en especial la fantasía y la ficción, y es en su juventud que hace sus primeros intentos en literatura con simples versos y poemas, es a través de ellos que se da cuenta que su atracción es por la narración.

Actualmente, trabaja en su bitácora (blog) una historia de fantasías: *Argia, luz y sombra*. En su tiempo libre, si no está divirtiéndose con su familia, se dedica a compartir en Jupes, un grupo de jóvenes católicos, en el cual ha trabajado por aproximadamente quince años.



# Índice

## Capítulo Uno

*Pérdida* 11

## Capítulo Dos

*Una esperanza* 21

## Capítulo Tres

*La egiptóloga* 31

## Capítulo Cuatro

*El amuleto* 40

## Capítulo Cinco

*Tiempo de relajación* 50

## Capítulo Seis

*Detalles* 56

## Capítulo Siete

*Sospechas* 64

## Capítulo Ocho

*Revelaciones* 76

## Capítulo Nueve

*El príncipe egipcio* 90

## Capítulo Diez

*Tradiciones y costumbres* 105

## Capítulo Once

*Un capítulo nuevo* 116

## Capítulo Doce

*El valle de los truenos* 131

## Capítulo Trece

*El Ogdoad* 141

## Capítulo Catorce

*El regreso* 158

## Epílogo

*El juicio de mi corazón* 166

## CAPÍTULO UNO

### Pérdida



ATERRADA, MIRABA LA pálida superficie en donde las gráciles líneas horizontales descansaban y parecían hundirse en el vacío caucásico. Con su instrumento de escritura en mano trataba de seducir el papel que yacía sobre su escritorio. Habían pasado varias horas, y no había escrito una sola palabra. Esperaba una señal, un algo que avivara su creatividad, pero nada surgía. Pensó que si se obligaba a estar sentada, que si su mano sentía el peso del bolígrafo y sus ojos admiraban el papel vacío frente a ella, el proceso de escritura surgiría de su interior como un instinto natural. No sabía lo equivocada que estaba. Se sometía a una lenta tortura, que su espíritu no soportaba más.

Una simple y solitaria lágrima se deslizó delicada y pausadamente sobre su mejilla. Cayó sobre la plana superficie del sediento papel, por quien fue absorbida al instante. Este simple acto sería tan solo el preludio a una explosión de sentimientos, que desataría una reacción en cadena. Nailah se desplomó frustrada sobre el espaldar del sillón, cubrió su rostro con su mano izquierda y lloró desconsolada.

Sobre su escritorio se hallaba una foto de su padre, quien había fallecido cinco años atrás a causa de un ataque cardíaco. Él era su mundo entero, su faro. Para ella fue devastadora la forma tan cruel en que se marchó de este mundo. Su padre, Juan J. Serrano, fue un reconocido escritor quien, desde su juventud, se

dejo sentir con gran fuerza en el mundo literario. Su obra maestra, una novela basada en la vida de una mujer jordana, se titulaba Nailah. Al nacer su única hija la bautizó con el mismo nombre, pues la consideró su verdadera obra maestra.

Sin su padre Nailah se sentía perdida en su escritura, pues deseaba ser un gran escritor como su progenitor. Lo sabía desde su infancia, cuando veía a su padre escribir por largas horas en su maquinilla. Le gustaba verle rodeado de papeles, pues sabía que antes de acostarse esas páginas iban a ser leídas al pie de su cama. Ella premiaba a su padre con una sonrisa y un fuerte abrazo.

Ahora todo para Nailah era distinto, no sabía cómo se convertiría en una escritora digna de ser la sucesora de su padre, y honrar su apellido. Una exhibición de rostros desfilaba por su mente. La miraban con lástima y desilusión, porque ella no era ni una mínima parte del escritor que fue su padre. En su interior una voz le repetía, una y otra vez, que tomará otro camino en su vida. El pensamiento de embarcar en otra profesión, le daba escalofríos. Nunca en su vida se visualizó de otra forma, que no fuese el vivir de su bolígrafo.

Todo a su alrededor comenzaba a dar vueltas, y se sentía nauseabunda. Nailah se levantó de súbito, cruzó los pasillos de su hogar como en un trance, y al salir comenzó a correr desesperadamente sin rumbo. Sumida en llantos, se internó en el bosque que quedaba cerca de su casa. Al no fijarse por donde corría, se tropezaba con las raíces de los robustos árboles. Lágrimas carmesí brotaban de su piel al ser azotada por las ramas de los arbustos.

Sus lágrimas, que fluían como torrenciales, empañaban su visión y le impedían ver por donde corría. Fue por tal razón que cayó de rodillas al suelo, cuando se tropezó con una piedra. Su larga cabellera negra se confundía con su rostro, y caía como cascada sobre el suelo. Mechones se adherían a su empapado rostro, como si trataran de consolarla. Clavó sus manos en el oscuro suelo y gritó con todas sus fuerzas.

Allí, entre las sombras de los árboles y bañada en lágrimas, recordó cómo llegó a ese fatal momento. Una vez retorno a sus escritos, luego de la muerte de su padre, sus ideas fluían con naturalidad. Estaban alimentadas por la tristeza, y sus cuentos tomaban un tono de pena y dolor. Reflejaban en sí su estado de ánimo. El tiempo pasaba, y su escritura fue en declive. No era nada raro, pues Nailah superaba la muerte de su padre. Entonces, lentamente comenzó a caer en los brazos de la depresión. El miedo se anido en su corazón y en sus pensamientos adueñándose de su ser, y sin darse cuenta la condujo hasta donde se encontraba en ese instante. Nailah no sabía qué hacer, ni cómo salir de ese estado. Solo sabía que toda inspiración la había abandonado, ya no la favorecía. Poco a poco la tristeza se disipaba, y junto con ella la materia prima que había servido de inspiración.

Pensó en su padre, y recordó la noche en que él le explicaba lo que significaba ser un escritor por amor. “Dicen algunos que el ser escritor es como ser un semidiós. Todo lo contrario, mortales al fin, somos dotados de una sabiduría en particular. Se nos da el conocimiento de utilizar a nuestro gusto las palabras escritas. En ellas las ideas, cualquiera que sea, tienen su lugar en el mundo al ser inmortalizadas en el papel. Vienen a la vida cuando son leídas y son motivo para que otros tomen esta

profesión.

“No somos semidioses, sino forjadores de palabras. La grandeza de nuestra profesión no está en su inmortalidad, y que, tal vez, nuestras palabras perduren una eternidad o influyan a miles. Esta está en la sencillez de nuestros instrumentos, pues con un simple papel y bolígrafo, plasmamos sabiduría.”

Fueron esas palabras, las que hicieron que Nailah se enamorara por la escritura. Ella decidió que ese sería su mundo, sin él, ella sería una más del montón. De aquellos que se sumergen en un sillón a ver pasar la vida, sin ninguna pasión que los haga vivir. Nailah necesitaba sentirse viva, que existía por un motivo y ese era el narrar historias.

Exhausta se sentó en el suelo, secó sus lágrimas con las mangas de su traje y miró a su alrededor. La naturaleza que le rodeaba era muy familiar. Le tomó varios segundos para darse cuenta que en su desesperación, se había internado en el bosque. Este pequeño bosque quedaba muy cerca de su hogar, ubicada casi a las afueras de Paves, un pequeño pueblo rural en la isla británica. No importaba, pues éste no le era extraño. Él fue su parque de diversiones durante su niñez; entre sus árboles jugó y durmió en sus faldas. Era una época de pura inocencia, cuando ella tan solo se preocupaba en divertirse.

Por horas deambuló por el bosque, de vez en cuando buscaba por entre las ramas de los árboles la solución a sus problemas. Sabía que quedarse allí no le ayudaría de nada, la soledad, en esos momentos, no era buena compañera. Solo había una persona en su vida a quien ella consideraba parte esencial de su existir, y quien la podía ayudar, sino al menos consolarla.

Siempre estaba presente cuando Nailah la necesitaba, y esta no iba a ser la excepción.

Con paso aligerado salió del bosque y se dirigió a casa de Hesepti, su mejor amiga. Sentada a la sombra de un árbol, leyendo un libro, estaba Hesepti. Una voz que le llamaba a la distancia interrumpió su lectura. Divisó una figura que le era muy familiar e inconfundible. Enseguida Hesepti reconoció a su amiga Nailah, se puso en pie y caminó hacia ella. Hesepti al verla se quedó asombrada. La alegría que siempre se veía plasmada en su mirada había desaparecido, en su lugar había tristeza y desolación. Estaba toda sucia con la ropa rasgada, y tenía los ojos rojizos e inflamados de tanto llorar.

Nailah se abalanzó de inmediato sobre los brazos de Hesepti, y lloró desconsolada. Hesepti la estrecho fuertemente mientras acariciaba su cabello para consolarla. Estuvieron abrazadas por un largo tiempo, hasta que Nailah se compuso un poco. Hesepti sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo entregó para que secara sus lágrimas. Hesepti la tomó de la mano, y la llevó a donde minutos antes leía su libro.

Se sentó frente a ella y le preguntó, “Nailah, ¿qué te ocurre? Nunca te he visto en este estado.”

Nailah le miró con ojos llorosos y dijo, “La he perdido,” y calló.

Confundida, Hesepti preguntó, “¿Qué fue lo que perdiste?”

“¡Mi inspiración, Hesepti, he perdido mi inspiración! Por varios días he tratado de escribir y no he podido. Mi mente es



una página en blanco. Nada me inspira, ni tan siquiera la naturaleza que antes me llenaba de inspiración. Junto a él se marchó mi razón para escribir.”

Hesepti sabía a quién se refería Nailah en su comentario, por eso dijo, “Pero, si habías estado escribiendo luego de la muerte de tu padre.”

“Fueron las circunstancias las que me nutrieron a escribir, y a sanar lentamente. Sin darme cuenta, que con la recuperación llegaba la agonía. El momento en que me tenía que confrontar a la realidad. Me di cuenta que era de él de quien surgían mis ansias y anhelos, mi ímpetu a escribir.”

“Aún puedes escribir para él, Nailah,” dijo Hesepti para animarla.

“No es lo mismo, Hesepti. Ya no tengo sus recomendaciones, su ayuda en cualquier asunto. Me hace mucha falta, mi escritura lo necesita. Todavía me falta mucho por aprender, y no estoy lista para darme a conocer al mundo como escritora; soy tan solo una estudiante.”

“Todos somos estudiantes en la vida, Nailah. Aprendemos día a día de las pruebas que la vida nos pone por delante. Es así que crecemos. ¿No crees tú que tu padre te enseñó todo lo que necesitabas?” comentó Hesepti.

“No lo creo. No me siento preparada, sin él no soy nada.”

Hesepti no sabía que contestarle, y tan solo dijo, “Te comprendo.”

Ambas se mantuvieron en silencio por un largo rato, solo se escuchaba el viento jugar con las ramas de los árboles. Nailah continuaba con la mirada perdida. Hesepti le observaba con tristeza y desilusionada de sí misma, porque no sabía cómo animar a su amiga. La tristeza de Nailah le contagiaba, pero Hesepti aguantaba los deseos de llorar para no deprimirla aún más.

Mientras meditaba en cómo ayudar a su amiga, un pensamiento vino a la mente de Hesepti. Semanas atrás, Nailah le había comentado que el mejor amigo de su padre, quien también era escritor, vendría a visitarles. Nailah estaba emocionada por la visita, y a su vez un poco nerviosa, porque él deseaba ver sus trabajos. Nunca nadie, a excepción de su padre, había visto sus escritos antes de estos ser concluidos. Ella no había terminado aquellos que había empezado, luego de la muerte de su padre. Esta situación debió agravar el estado de ánimo de Nailah. Hesepti sabía que su amiga era incapaz de decirle al mejor amigo de su padre que no viniera, cuando su padre siempre le abrió las puertas de su hogar, pues era considerado parte de la familia de Nailah.

Por esta razón, Hesepti le preguntó, “Imaginó que te sientes más presionada con la visita del amigo de tu padre.”

“En parte,” hizo una pausa y continuó. “Su visita me aterra.” Se llamaba Richard, y, entre su círculo de amigos, era un hombre muy jovial. Fuera de este era serio y reservado. Con esa misma seriedad trabajaba en su escritura, y al trabajar con otros era estricto, no como el padre de Nailah.

Sus visitas eran comunes, en especial, cuando su padre

necesitaba despejarse. Su carácter serio y reservado para con los demás, eran para ella signos evidentes de que Richard prefería observar en vez de conversar.

“No crees que él entendería por lo que estas pasando, y te ayude. Tal vez, él haya pasado por lo mismo,” comentó Hesepti.

“¡No!” exclamó de inmediato Nailah. “Personas como él y mi padre no les sucede esto. Son almas fuertes que se enfrentan a cualquier reto y no se dan por vencidos.”

Hesepti se le acercó, y le miró directamente a los ojos, y le dijo, “Tú eres un alma fuerte, Nailah.”

“No como ellos,” comentó Nailah. “Además, no deseo que me vea así. Sería para él una desilusión ver a la hija de su querido amigo en depresión. No quiero que esta persona quien soy en estos momentos, quede por siempre marcada en sus recuerdos. Si me va a ver, deseo que lo haga cuando yo esté en mi mejor momento.”

“Y, ¿cuándo será tu mejor momento, Nailah?” preguntó con precaución Hesepti.

“Cuando recuperé lo que he perdido, la fuente de mi inspiración,” contestó con determinación.

“¿Como harás eso?”

Sus ojos se aguaron nuevamente y lágrimas nacieron de ellos. “No lo sé,” contestó entre sollozos. Hesepti la estrechó entre sus brazos, y con voz entre cortada le dijo, “Encontraremos la forma, te lo prometo.”

Abrazadas lloraron juntas hasta que Nailah, agotada, dejó descansar su cabeza sobre el regazo de Hesepti. Cerró sus ojos y al cabo de unos minutos se quedó dormida. Hesepti lloró en silencio, pues su corazón estaba arropado por la tristeza, y durante toda la tarde, mientras Nailah dormía, reflexionaba en cómo ayudar a su amiga.

Hesepti recordó aquellos momentos de su niñez, cuando ambas jugaban juntas y recorrían todos los rincones del valle. Como gozaban de las visitas de su abuela Margaret durante los fines de semana, cuando ésta tomaba un descanso de su arduo trabajo como egiptóloga. La abuela de Hesepti era una experta contando historias, y las entretenía con las fábulas de los egipcios y sus mitologías, las cuales conocían como la palma de su mano. Aquellos eran buenos tiempos, solo importaba la diversión y no había nada que les importunara. A excepción de la hora de dormir, cuando sus madres luchaban con ellas para que se acostaran. Esos tiempos habían quedado atrás y ellas, jóvenes de dieciocho años, habían cambiado. Ahora les importunaban cosas que antes ni atención le prestaban. Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro.

Ya casi cuando el crepúsculo estaba a punto de caer, Nailah despertó de su profundo sueño. Al levantarse se sentía exhausta y sin fuerzas. Hesepti le miraba tiernamente, esperando una palabra suya.

“¿Por cuánto tiempo estuve dormida?” preguntó mientras se sentaba.

“Casi toda la tarde, ves ya está a punto de anochecer,” dijo Hesepti, mostrándole con la mirada el anaranjado y amarillento

horizonte.

“Debo llegar a casa, salí sin decir a donde iba. Mamá debe estar preocupada,” comentó Nailah mientras se ponía en pie.

“No voy a permitir que llegues en la forma en que estas a tu casa,” indicó Hesepti. “Vamos a casa, allí podrás darte un baño y cambiarte de ropa.”

“Tienes razón, si mamá me ve así se va a preocupar y comenzara a hacerme preguntas. Realmente no estoy para someterme a un interrogatorio,” expresó Nailah.

La casa de Hesepti no estaba lejos de donde se encontraban. Al llegar, entraron silenciosamente por la puerta trasera para que nadie se diera cuenta que estaban allí. En el cuarto de Hesepti, Nailah se desvistió y le entregó el traje a su amiga para que ésta se deshiciera de él.

“Toma un baño a lo que te preparo algo de comer, y de una vez le digo al chofer que tenga el carro listo para llevarte a tu casa,” dijo Hesepti.

“Se darán cuenta que estoy aquí,” replicó Nailah, nerviosa de que la familia de Hesepti la viera en ese estado, pues ellos la consideraban parte de la familia. Ella no deseaba preocuparlos.

“Sí, pero ya habrás terminado de asearte y nadie le extrañará tu visita, no es raro que estés aquí. No te preocupes, nadie se dará cuenta.”

Nailah dibujo un trazo de una sonrisa en su rostro, tan insignificante que al instante desapareció. Entró al cuarto de baño

y cerró la puerta. Allí se topó con el espejo y vio un rostro pálido, un cabello despeinado y unos ojos inflamados de tanto llorar. No reconoció a la persona que la miraba con tristeza y desesperación. Suspiró fuertemente para ahogar las lágrimas que deseaban salir de sus ojos negros. Tocó su rostro, y un horrible pensamiento cruzó por su mente, *¿Será ese el rostro que me acompañará por el resto de mi vida?* El pensamiento era muy doloroso y abrió aún más su herida. Ese rostro debía desaparecer, se tenía que deshacer de él, pero no sabía cómo. Se metió en la ducha, y dejó que las cálidas gotas relajaran su tensión corporal.

Al salir del baño se vistió de prisa y fue a buscar a su amiga Hesepti, que la esperaba en la cocina con un bocadillo y un jugo de naranja. Nailah se lo comió rápidamente, a lo que Hesepti exclamó, “¡Tenías mucho apetito!”

“No, pero me reconfortó un poco el sabor del bocadillo,” al decir esto, ambas amigas sonrieron.

Durante el corto viaje hacia la casa de Nailah, no hicieron comentario alguno sobre lo ocurrido. Al llegar, Hesepti le aconsejó, “Trata de descansar un poco, y no pienses en lo que te sucede aunque se te haga difícil. Encontraremos una solución.”

“Lo intentaré. Gracias por todo.”

“No hay porque. Eres mi amiga y te considero como mi hermana, no hay nada en este mundo que no haga por ti.” Con un fuerte abrazo se despidieron.

Nailah entró a su casa y divisó a su madre, quien regaba las plantas de la terraza. La saludo desde la distancia, para que no se diera cuenta de que había estado llorando, y le dijo que

estaba cansada y aprovecharía para acostarse a dormir temprano. Y como un celaje, desapareció. Se deslizó bajo las cobijas de su cama y lloró. Se quedó profundamente dormida, con sus ojos bañados en lágrimas.

A la venta,

Octubre 2009

No te la puedes perder, y para más información

Visita:

<http://alexandraroman.wordpress.com>

Allí podrás encontrar las páginas de facebook, twitter y myspace de la novela y la autora Alexandra Román de Hernández.